



# Cuentos y poemas

**Adoum - Biedma - Bolijov  
Brecht - Fast - Fonseca – Gelman  
Vázquez Montalbán- Pacheco - Sabines  
Scorza -Trejo -Valadés -**

Compiladores

Paco Ignacio Taibo II  
Juan Hernández Luna

## Alta Traición

JOSÉ EMILIO PACHECO

No amo mi patria.  
Su fulgor abstracto  
es inasible.  
Pero (aunque suene mal)  
daría la vida  
por diez lugares suyos,  
cierta gente,  
puertos, bosques, desiertos, fortalezas,  
una ciudad deshecha, gris, monstruosa,  
varias figuras de su historia,  
montañas  
—y tres o cuatro ríos.

## Otras partes

JUAN GELMAN

¿oíste/corazón?/nos vamos  
con la derrota a otra parte/  
con este animal a otra parte/  
los muertos a otra parte/

que no hagan ruido/callados como están/ ni  
se oiga el silencio de sus huesos/  
sus huesos son animalitos de ojos azules/  
se sientan mansos a la mesa/

rozan dolores sin querer/  
no dicen una sola palabra de sus balazos/  
tienen una estrella de oro y una luna en la boca/  
aparecen en la boca de los que amaron/

pasan noticias de sus sueños/  
arrastran sus lágrimas con un pañuelito detrás

como barriendo el padecer/  
como no queriendo mojarlo/  
para que el padecer estalle y arda y haga asiento  
donde sentarse a pensar otra vez/

nos vamos/corazón/a otra parte/  
hace mal que no podás sacar los pies de la  
tristeza/  
aunque es tristeza que besa la mano que  
empuñó el fusil y triunfó/  
y tiene corazón y guarda en su corazón una  
mujer  
y un hombre pasando como tigres por  
el cielo del sur/  
una mujer y un hombre como tigres  
enjaulados en la memoria del sur/  
besando hijitos que nunca más van a crecer/  
compañeros que nunca más van a crecer y  
ahora cosen la tierra al aire/cosen

tu corazón/corazón/sus animales/  
una mujer y un hombre  
caminando por el cielo del tigre  
como tigre que canta/

vámonos con esta perra a otra parte/  
no tenemos derecho a molestar/  
nuestro solo derecho es empezar otra vez  
bajo la luz del sol sereno/

los límites del cielo cambiaron/  
ahora están llenos de cuerpos que se abrazan  
y dan abrigo y consolación y tristeza  
con una estrella de oro y una luna en la boca/

con un animal en la boca mirando el centellar  
de los compañeritos que sembraron corazón  
y levantan su corazón ardiente  
como un pueblo de besos/

## **El espía policial**

HOWARD FAST

Esta es la historia de un espía policial que se convirtió en algo más que un espía policial, y que se llamaba Bondar Shar. Era un hombre joven, aunque nadie lo hubiera creído al verle los surcos bajo los ojos y los pesares grabados en la frente. No se debía esto únicamente al hecho de que tuviera una mujer enferma y cinco niños que nunca tenían bastante de comer, sino también al hecho de que fuera el espía especial de Widee Shimer.

Widee Shimer era Organizador de Distrito del Partido Comunista de la India, en la zona central del Noroeste; esto quería decir que su territorio se extendía desde el Sind en el Oeste hasta Punjab en el Noroeste, y desde el Tíbet hasta Nepal. En realidad un reino, un imperio, como dirían algunos; pero, como un

organizador del Partido Comunista en la India no es un rey ni un emperador, Bondar Shar debía pensar con frecuencia que la zona central era, sencilla y puramente, una abominación.

En toda esta área inmensa, Widee Shimer no poseía un automóvil; no poseía siquiera una tonga o sea un carro de bueyes; contaba únicamente con sus dos pies y, ocasionalmente, con un viaje en tren si debía recorrer una larga distancia, como cien o doscientas millas.

Generalmente caminaba. Shimer era pequeño, moreno y flaco, y la piel de la planta de sus pies estaba más curtida que el cuero. Cuando iba de un lugar a otro se movía con una especie de trotecito, con el cual hacía seis millas por hora aun en el calor del verano, cuando el termómetro se eleva a cuarenta y dos grados y a veces llega hasta cuarenta y cinco. Se lanzaba por los caminos polvorientos con un animado "buenos días" a todos, a los boyeros que dejaba detrás, como si estuvieran quietos, a los cocheros de tonga, que parecían moverse un poquito, a los trabajadores de los campos, a los aguateros, a los gordos sacerdotes, a los niños enclenques y a las muchachas que le sonreían tímida y suavemente.

A su zaga iba Bondar Shar, el espía de la policía, que juraba o mascullaba, o gruñía, y que a veces llegaba a llorar de cansancio y de rabia. Se dice que en otros países, donde los dirigentes son ricos y poderosos y les sobra el dinero, los espías sólo trabajan ocho horas al día, y los delatores e informantes aun menos. Tal vez sea cierto, pero en la India un espía que trabaja para la policía tiene horarios de veinticuatro horas. La regla es: un espía por cada comunista. El mismo jefe de policía dictó la ley.

-Después de todo- dijo -,el Imperio no es lo que era. Si un rojo puede arreglárselas, me parece que un espía no tiene razones para quedarse corto.

Así fue que Bondar Shar no se quedó corto, y a veces sollozaba de furia por la vida que llevaba, y el oficio que había elegido. A veces, desesperado, cuando Widee Shimer emprendía uno de sus viajes, Bondar Shar alquilaba una tonga, pero el cochero de la tonga tenía que dar de latigazos al caballito para no quedarse atrás, y tarde o temprano esto terminaba en un incidente entre Bondar Shar y el cochero. Muchas veces se pasaba de las injurias a los

golpes, y Bondar Shar se encontraba en el centro de un tumulto, mientras Widee Shimer se alejaba alegremente a paso presto.

Eran razones suficientes para deprimir a un hombre más duro que Bondar Shar. Cada mañana tenía que levantarse antes de la salida del sol. Con los miembros entorpecidos y fatigados se arrastraba por las callejuelas de la Vieja Delhi hasta un lugar que estaba detrás de un bazar ambulante, donde Widee Shimer echaba su manta y dormía, dormía pero no vivía. Bondar Shar decía a su mujer con voz quejosa:

-El maldito tipo vive en mil lugares a la vez.

Y Bondar Shar tenía que empezar el día temprano, pues ya a las cinco de la mañana Shimer estaba en camino a la sede del Partido, donde flameaba la bandera roja, o yendo al campo para asistir a una reunión de campesinos, o en dirección a los galpones de imprenta en la vieja Delhi.

Se tocaban los límites de la resistencia humana, y aunque algunos digan otra cosa, un espía es un ser humano. Las cosas llegaron al punto en que Bondar Shar tuvo que actuar,

y durante días meditó sobre los diversos métodos a seguir. En la vieja Delhi había algunos, hombres malos que hacían cosas si se les pagaba, pero Bondar Shar no estaba seguro de que consintieran en matar a un dirigente comunista, y en el caso de que aceptaran, ¿dónde iba a encontrar el dinero? Un asesinato no es un paseo en tonga: apenas podría arreglarse la cosa con veinte rupias, y si se llegaba a saber, acaso al gobierno no le gustaría. Es verdad que en el Punjab, cuando el gobierno se cansaba de un dirigente comunista, le hacía quebrar las dos piernas y atar a una camilla a fin de que los huesos se soldaran en forma caprichosa, de tal modo que siempre que uno veía a un Sij barbudo, que andaba como un pato, uno ya se daba cuenta de que clase de persona era.

Y también era cierto que en Bengala arrancaban las uñas de los dirigentes comunistas y de cuando en cuando les cortaban los pulgares. Pero en este momento el partido era legal en la zona central, y podía pasar un mes, o tal vez un año, antes de que lo declararan de nuevo ilegal. Y como no era ni yogi ni fakir, la idea de que tendría que seguir en este tren por un mes, o tal vez por un año más, casi lo enloquecía de

desesperación. ¿Cuántas veces no se dijo a sí mismo: "Qué hombre es más desdichado que yo?"

Después de reflexionar y de desechar esta solución, llegó finalmente a decidirse por la única viable. Una vez decidido, quedó tranquilo y no dijo nada ni a su mujer ni a sus amigos, y al día siguiente procedió.

Aún no había amanecido aquel día cuando Widee Shimer salió al trote del lugar que estaba detrás del bazar, deteniéndose sólo un instante para saludar al espía con una inclinación de cabeza. Pero esa mañana Bondar Shar no esperó a que Shimer hubiera alcanzado los treinta pasos establecidos para seguirlo, sino que extendió el brazo y asió la manga de la camisa de algodón de Shimer, diciéndole:

-Detente. Espera un momento.

Un momento, un momento, -pensó Shimer-, preguntándose si no se habría decidido la noche anterior que el Partido iba a ser suprimido, y qué posibilidades tenía de dejar a Bondar Shar fuera de combate y atarlo con las cintas de su *dhoti*. Pero Bondar Shar se había forzado a sonreír con una amabilidad que ningún espía se habría permitido en el

momento de hacer un arresto.

-Me pareció que podíamos hablar -dijo Bondar Shar rápidamente

Aquí estamos los dos, de aquí para allá y siempre juntos, y nunca cambiamos una palabra.

Era verdad y Shimer se vio forzado a reconocerlo. En general él saludaba con una inclinación de cabeza y sonreía, pero nunca habían cambiado una palabra.

-Un espía es un espía -dijo, eligiendo las palabras cuidadosamente y reprimiendo todo deseo de usar palabras más fuertes.

-Un espía es un ser humano -contestó Bondar Shar.

-Es cierto.

Shimer no iba a ir más lejos, pero miró al otro hombre, y trató de adivinar su casta, probablemente *brahmin*, su edad, que no podía ser más de treinta, y su aspecto, que no era malo: piel oscura, ojos castaños claros y buenos rasgos, pero patéticamente flaco, tan flaco como el mismo Shimer, y en esta hambrienta tierra hay un vínculo entre todos los flacos.

-Humano-repitió Bondar Shar-. ¿Cuántas

veces he asistido a tus reuniones, te he oído hablar y dirigir discusiones, escurriéndome entre paredes, arrastrándome por los techos y colgándome de las ventanas? ¿Cuántas veces?

-Muchas, sin duda -dijo Shimer- pero ya es tarde.

Tengo una conferencia importante a las seis. Si caminas conmigo ...

-Y si voy atrás respetando los treinta pasos prescritos, vamos a tener que gritarnos. Por otra parte, si me ven hablando contigo...

-A esta hora sólo nos pueden ver los culis -dijo Shimer encogiéndose de hombros-. Y, ¿a quién se lo van a contar?

Bondar Shar asintió resignado y se puso a andar al lado de Shimer.

-No creas que escucho sin oír -dijo petulantemente, frotándose los ojos soñolientos- Habláis de las masas y del pueblo: Habláis de los trabajadores y de los que no tienen bastante que comer. Habláis de cómo hay que ayudar al pueblo, conocer al pueblo, acercaros a él.

Habláis de una vida mejor para el pueblo. ¿Cuántas veces he oído esto y he escrito en mi informe: "Widee Shimer asegura a los

trabajadores del algodón que pueden obtener una vida mejor"!

-Estoy seguro que muchas veces -reconoció Shimer.

-Y ¿qué hay de mí? -preguntó Bondar Shar-. ¿No soy humano?

-Eres un espía que trabaja para la policía, pero también un espía es humano.

-Es cierto. Pero permíteme que te diga, Widee Shimer, que la vida que vivo no es vida para un ser humano: es una vida de perro. Saldría beneficiado si me cambiara por el más pobre de los *culis*. Tengo que estar aquí antes del amanecer, cuando te despiertas. Ir a una aldea y volver a la ciudad. Hay una, dos, tres reuniones, una tras otra. Una comisión preparatoria en que tú hablas tan bajo que me veo obligado a inventar los informes. Una demostración popular, una huelga, y Dios sabe si mi cabeza no está entonces en tanto peligro como la tuya. De vuelta a las aldeas. De vuelta a Nueva Delhi, luego a la vieja Delhi. ¿Sabes cuántos kilómetros por día me haces caminar?

-Muchos, supongo -dijo Shimer un poco incómodo.

-Treinta, cuarenta, cincuenta kilómetros por día. Sí; la semana pasada por ejemplo, caminé cincuenta kilómetros en un día. Y después las reuniones y las conferencias hasta muy entrada la noche, hasta la una y las dos de la mañana. ¿Puedo ver a mis hijos? ¿Puedo oír una palabra de consuelo de mi mujer? Mejor estar muerto que ser espía en este maldito lugar. Pero, ¿qué otra cosa sé hacer? Durante dos años estudié para pasar los exámenes de la policía. Soy un empleado público, pero preferiría ser aguatero.

El rápido paso de Shimer se hizo más lento. Sus ojos pequeños y brillantes se angostaron, y torció la cabeza.

-Serías más feliz si fueras aguatero. No se me había ocurrido. Primero me dices que eres humano, y luego que eres desgraciado. Pero eres *brahmin*, y no puedes ser aguatero. ¿Sabes cocinar?

-Peor que un inglés -contestó Bondar Shar avergonzado.

-Es una vergüenza. Siempre pienso que, en el peor de los casos, un *brahmin* puede cocinar. Dime: ¿cuánto te pagan por ser espía?

-Treinta rupias mensuales -dijo Bondar Shar. Widee Shimer se paró y silbó suavemente.

-¡Treinta rupias mensuales! Mira: yo soy un dirigente comunista, soltero, que no necesita más que un plato de arroz y una manta. El dinero que me pagan proviene de las manos de los obreros y los campesinos, pero me dan treinta y cinco rupias por mes. ¿Cómo puedes vivir con treinta rupias mensuales?

-No puedo -reconoció Bondar Shar-. Siete bocas que alimentar, y ¿cuándo comemos lo suficiente? Cuando los niños se enferman, no podemos llamar al médico. Nunca han probado un dulce. Mi mujer tiene que llevar el mismo *sari* durante cuatro años. En el invierno tiritamos porque no podemos comprar carbón. En el verano nos sofocamos. Si fuera espía de prostitutas, podría ganarme una rupia aquí, otra allá. Si fuera espía de los acaparadores de cereales, mi estómago nunca estaría vacío, ni tampoco el de mis hijos. Pero ser espía de los comunistas... ¡La muerte sería mejor! ¡Te lo juro! mejor estar muerto.

-La muerte no es nunca mejor -dijo Shimer suavemente-; te diré una cosa: no hay

remedios rápidos para estos cánceres sociales, como son los espionajes policiales. Pero podemos mejorar un poco las cosas. Podemos hacer que veas a tu familia de cuando en cuando, que descanses un poco. A esta altura, ya sabes más o menos lo que ocurre en nuestras reuniones. Cuando yo tenga una reunión, no es necesario que me acompañes. Te veré después y te daré un informe completo. Y cuando haya una reunión por la noche, podrás irte a tu casa. Al día siguiente te ayudaré a redactar el informe.

Vacilante al principio, Bondar Shar terminó por aceptar las propuestas de Shimer. Fue a su casa, oyó los reproches de su mujer y jugó dos horas con los niños. Especialmente con Santha, la menor, que parecía una muñequita esculpida en marfil viejo. Así paso ese día y muchos otros, y la vida se volvió más tolerable. Y a pesar de sí mismo, a pesar del hecho de que sabía que era incorrecto, que no iba a llevar a nada bueno, empezó a sentir cierto afecto por Widee Shimer. Como súbdito del Estado, como empleado público y oficial de la Corona, sabía que el solo pensar estas cosas era franca traición.

Había una lista de infracciones, una escala del crimen, por así decirlo. Un ratero era peor que un traficante de arroz, un tratante de blancas era peor que una prostituta, y un asesino, por supuesto, era el peor de todos; pero los asesinos y los tratantes de blancas no tenían espías pegados a los talones, como los comunistas. En verdad, Bondar Shar estaba suficientemente convencido de que albergar un pensamiento amistoso hacia un comunista era equiparable a un crimen. Trató de recordar esto cuando Widee Shimer le preguntó unos días más tarde:

-¿Es cierto, Bondar Shar, que a todos los espías policiales se les paga tan mal como a ti?

-Peor, yo soy un espía superior. Un aprendiz de espía policial gana veinte rupias al mes. Naturalmente, no está obligado a seguir a una persona como tú.

-Naturalmente. En una palabra, te explotan tanto como a los obreros... y no tienes recursos.

-¿Qué quieres decir?

-Que no puedes organizarte.

-¿Organizar qué?

-Un sindicato. Deja que te explique...

Los conductores de *tonga* tienen un sindicato y también lo tienen los trabajadores del algodón, los aguateros, los changadores y hasta los barrenderos. En la huelga de los algodoneros ganamos para ellos un aumento. Hemos llegado a convencer a los campesinos de la necesidad de tener una organización. ¿Sabes que en Estados Unidos un espía trabaja ocho horas al día y ni un minuto más?

¿Con qué sueldo? -preguntó Bondar Shar astutamente.

-Por mil doscientas o mil cuatrocientas rupias mensuales -contestó Shimer encogiéndose de hombros-. Personalmente, no tengo mucho interés en el asunto. Nosotros no trabajamos para favorecer a los espías de la policía: trabajamos para el pueblo...

Siguió hablando y Bondar Shar escuchaba.

Escuchó durante una hora y al cabo de ella dijo a Shimer:

-Si yo reuniera a unos cuantos espías más, unos seis o siete, amigos personales, ya me entiendes... ¿podrías hablarles?

-Supongo que sí -contestó Shimer.

Después, pensando en la propuesta, se

preguntó qué podría decirles y qué sentido tendría esto y dijo a Bose, el director del Diario del distrito:

-¿Qué puede esperarse de un hombre que trabaja para la policía?

-La esperanza de que se muera- contestó Bose, que era un hombre de buen humor.

-Sin embargo, un espía es un ser humano.

La muchachita que corregía pruebas -tres de sus hermanos habían muerto en la plaga de hambre y otro en una cárcel inglesa- observó:

-Es un problema de fondo y forma, mi querido Shimer. La forma es humana, pero el fondo es pura mugre.

-Soy un hombre compasivo -dijo Bose reflexivamente-. Pero la compasión no es un pozo sin fondo. ¿He de tener compasión por la víbora cuando le corto la cabeza?

De modo que Shimer se quedó tranquilo, recordando la excitación y la boca abierta de Bondar Shar, y al día siguiente fue a la reunión que se celebraba en el lugar señalado. Una cantera abandonada, a la cual nadie iba, pues los ingenuos creían que estaba habitada por el fantasma de un santón malhumorado. Sin

embargo, como ni los comunistas ni los espías creían en fantasmas, era tenida por un lugar excelente. Bondar Shar no vino con seis o siete, sino con veinte, y Widee Shimer observó curiosamente los distintos tipos de hombres que estaban allí sentados en el suelo.

Había altos y bajos, y en sus caras se leía maldad, avidez y desesperanza, también astucia y desorientación, y como nota común de todos ellos un hambre que nunca se había satisfecho, ni siquiera un día, ni siquiera una hora. Al mirarlos, Shimer se sintió lleno de asco y rechazo, se sintió como el héroe del Rigveda que se convierte en el confidente de las serpientes y los seres que se arrastran; pero cuanto más los miraba, más se daba cuenta que el hambre de estos hombres no provenía sólo del estómago.

Suspiró, lamentando haber venido, y empezó a hablar lenta y laboriosamente. Habló de muchas cosas, de las clases de hombres y de la fraternidad de los hombres. Habló de la libertad, de oprimidos y opresores, y mientras hablaba observaba las caras de los veinte hombres malditos en la cantera.

-En esta región -dijo Shimer- y en un

lugar al cual se puede llegar a pie, está el Taj, el más bello edificio que existe sobre la tierra. Es como el bendito sol de invierno encerrado en un receptáculo de perlas y alabastro, pero, ¿qué es sino una conmemoración de los diez mil esclavos que lo construyeron, la hermosa torre de un inenarrable sufrimiento? ¿Cuántas lágrimas se han mezclado a la argamasa con que está hecho? Recuerdo de esclavos en una tierra de esclavos...

Así habló, y pasó una hora y otra hora y llegó al fin de su discurso. No podía llamarlos camaradas: los miró y ellos lo miraron, y entonces Bondar Shar se levantó y dijo con aire de pedir disculpas:

-Gracias, Widee Shimer. Es para mí un honor que se me haya encomendado que siga tus pasos. Pero antes de que tú llegaras, hemos hablado entre nosotros de ciertos asuntos. Querríamos formar un sindicato para que nuestros salarios aumenten y puedan alimentarnos.

Los otros aprobaron. Hubo un rato largo, muy largo, en que nadie habló y en que Shimer reflexionó considerando un aspecto y otro del problema, pero finalmente también él

asintió con la cabeza y les dijo:

-Está bien. Éstas y éstas son las cosas que debéis hacer para tener un sindicato de espías.

Así fue que Widee Shimer se alejó de la cantera, turbado y perplejo, y que el primer sindicato de espías de la India surgió a la existencia. Así fue también que, dos semanas después, Widee Shimer se levantó por la mañana, dejó su refugio y se encontró con que había un nuevo espía que seguía sus pasos.

-¿Dónde está Bondar Shar? -le preguntó. Pero el espía no contestó.

¿Está enfermo? ¿Lo han transferido? ¿Tiene tribulaciones de familia? Widee Shimer preguntó y se sintió un poco irritado de sí mismo por interesarse en los asuntos de un espía.

Pero el hombre nuevo no dijo nada: se limitó a apretar los labios y a fruncir el ceño, a la manera de un empleado de policía.

A todo esto, Bondar Shar estaba sentado en la oficina del Jefe Residencial, que llevaba una casaca blanca de lino larga hasta la rodilla, pantalones cortos blancos y finas medias de seda blanca que llegaban unos pocos centímetros por debajo del lugar en que terminaban los

pantalones. El casco de corcho del magistrado estaba sobre el escritorio, a su espalda; tenía las piernas cruzadas y se espantaba las moscas con una pantalla de reluciente cuero negro. Era un hombre afable e interrogaba a Bondar Shar con mucha cortesía.

-¿Es usted un empleado nacional? Bondar Shar dijo:

-Sí; por supuesto- sin dejarse engañar por la amabilidad y muy, muy asustado.

-¿Pronunció usted un juramento de servicio a la Corona?

-Así es- contestó Bondar Shar.

-No sólo empleado nacional -dijo el magistrado con aire reflexivo-, sino que forma usted parte del Servicio Secreto. El Servicio más apreciado por Su Majestad. ¿Se da cuenta de esto, por supuesto?

-Por supuesto- murmuró Bondar Shar.

-He tratado este asunto con el Comisionado. Está preocupado. También lo estoy yo. ¿Me entiende?

-Por supuesto- dijo Bondar Shar, horriblemente asustado y sin embargo un poquito orgulloso de haber llegado a ser un tema de conversación del Comisionado.

-No se puede tener una organización dentro del Servicio -dijo el magistrado melancólicamente-. No podemos tener un sindicato. Queremos los nombres de todos los que pensaban asociarse con usted. Después que me escriba los nombres, trataré de que no lo pase demasiado mal.

Le dio una hoja blanca.

-¿Qué nombres?- murmuró Bondar Shar. El magistrado había estado en la India mucho tiempo y como él decía, conocía a los nativos; Bondar Shar era sin ninguna duda un nativo. Así fue que los dos se miraron y el magistrado pensó que iba a llegar el día en que los diablos se habrían de soltar sobre este país de cuatrocientos cincuenta millones de almas -aunque en privado se reconocía a sí mismo que no eran humanos y que no tenían almas-; y Bondar Shar, por otra parte, tuvo conciencia de su propia alma, de su valor, de su fuerza, y de la locura que corría por sus venas, pese al miedo y al terror, y que lo impulsaba a hacer una cosa inesperada.

Meneó la cabeza, recordando a sus cinco hijos, a su mujer, a su hijita en especial, el olor penetrante y dulce de la ciudad vieja en el

invierno, el perfume del *Bhísti* en el verano y todas las buenas cosas de la vida que recuerdan los hombres en estas ocasiones.

-¿No?- preguntó el magistrado suavemente.

-No, sahib- contestó Bondar Shar en un susurro, porque sabía que debía esperar lo peor.

Y el magistrado no insistió ni amenazó, porque hacía mucho tiempo que estaba en la India.

En primer lugar, a Bondar Shar le arrancaron las uñas. Una a una se las arrancaron y fue muy doloroso. Al principio Bondar Shar lloraba como un niño, pero al final gritaba como una parturienta. Después lo entregaron a los *gurjas*, porque aunque gritaba como una mujer que pare, sus gritos no eran más que sonido y no los nombres de ciertos hombres. Sus gritos eran plegarias, juramentos y súplicas, oscuras referencias que sólo se le ocurren a un espía, pero nunca los nombres de determinados hombres. Así fue que lo entregaron a los *gurjas* diciéndole al sargento a cargo de la división que era necesario obtener esos nombres. Los *gurjas* le hicieron muchas cosas. Son hombrecitos

de las montañas, hombres terribles, que no creen en Dios ni en el honor, sino sólo en la guerra y en sus malvados cuchillos. Los *gurjas* le hicieron cosas que no se pueden describir. Y cuando Bondar Shar estaba en carne viva y sin conciencia, fueron a ver al magistrado y le dijeron:

-Emitió muchos sonidos, pero no dio los nombres.

Ahora se está muriendo. Nunca hemos visto un comportamiento semejante en un espía a sueldo de la policía, pues todos sabemos que estos hombres son cobardes y abyectos. Tan solo el veneno del comunismo puede explicar este comportamiento.

-Ponedlo en una canasta y entregadlo a su familia- dijo el magistrado, lleno de horror, pues estas cosas no gustan a los hombres blancos y bien nacidos, y muy enojado con los *gurjas* por haber ido tan lejos.

Así fue que lo pusieron en una canasta y lo llevaron a su casa, y entonces hubo un funeral, una pequeña procesión a decir verdad, pues éste es un país de funerales, pero una procesión de todos modos, con cuatro lloronas profesionales, la mujer, los hijos y Widee Shimer.

Shimer pasó un día entero en el funeral y con la familia; después volvió a la casa de la antigua Delhi donde ondea mañana, tarde y noche la bandera roja.

-¿En dónde andabas? -le preguntó Bose-. ¿Eres un organizador o un caballero que vive de rentas?

-¿Una mujer, al fin?- preguntó la señorita correctora de pruebas.

-¿O pensaste que necesitabas un descanso? preguntó el secretario del sindicato.

-Marché en la procesión de un espía maldito y despreciable, que dejó de ser un espía- dijo Shimer serenamente, y luego, como en esa tierra el que llora a los muertos ya no hace nada más, Widee Shimer volvió a su trabajo entre los vivos.

## Vida moderna

ARTURO TREJO VILLAFUERTE

*para Josefina*

En la asfixia por ganarse el pan de cada día  
haciendo cosas incomprensibles  
guiones que nunca serán programas o calificando  
trabajos escolares  
Apabullado por los cien problemas que nos tocan para  
sudar la frente  
esos asuntos que no resuelve la tarjeta de crédito  
ni el saco sport  
ni la corbata  
sino el sentido común y la espera  
el tiempo  
-Tiempo, antiguo aliado. ¿Dónde estás? -  
Abrumado  
sin dinero en el banco  
y frente a mí

como una procesión de malas nuevas  
los recibos de luz teléfono renta  
Molido por los problemas de la vida moderna  
busco una salida que no tenga nada que ver con  
alguna puerta falsa  
husmeo en los cajones la posibilidad de salir librado  
-la Biblia lo dice: «Dios proveerá»-  
Busco por aquí y por allá y encuentro -¡oh maravilla!  
un rizo de tu cabellera  
lo acaricio lo miro lo mimo lo idolatro  
porque a fin de cuentas es una gran parte tuya  
Lo guardo en la página trece de un libro  
como talismán de poderes extraordinarios  
que me hace creer de nuevo en la humanidad  
porque sé que no estoy solo en el mundo.

## **Voy a las batallas sed felices para que yo no muera**

MANUEL SCORZA

América,  
aquí te dejo.  
Me voy a las batallas.  
Luchar es más hermoso que cantar.  
Yo te digo,  
a pesar del dolor,  
a pesar de las patrias derrumbadas,  
ama a los gorriones.  
Yo sé que es difícil  
hallar entre las tumbas un lugar para la risa.  
Yo mismo, a veces, caigo,  
y el viento  
levanta mi cara como una alfombra rota,  
pero aun en las celdas,  
bajo la lluvia,  
yo no perdí la fe.

Amigos,  
 aunque os golpeen,  
 jamás perdáis la fe;  
 aunque vengan días sucios,  
 jamás perdáis la fe,  
 aunque yo mismo os niegue de rodillas,  
 no me creáis,  
 amad la vida,  
 ¡guardad rocío  
 para que las flores  
 no padezcan las noches canallas que vendrán!

Sed felices, os ruego,  
 salid de los cuartos sombríos,  
 sed felices para que yo no muera.  
 Yo no escribí estos cantos  
 para dar espuma a las muchachas.  
 Yo canté porque los dolores  
 ya no cabían en mi boca:  
 yo siempre estuve aquí  
 peleando con mastines de pavorosa nieve;  
 conozco todas las caras,  
 he visto a los deudores tratando  
 de meterse en sus zapatos cada amanecer.  
 ¿Dónde no estuve?,  
 ¿En qué pantano no bebí?,

¿a qué pozo malo no rodé?

Ay, a mi alma caían las cáscaras  
 que amargas cocineras pelaban.  
 Amigos: en mi corazón jamás reinó silencio,  
 yo oí todas las voces,  
 escuché a las sábanas quejarse,  
 supe cuando las criadas escribían cartas de tristeza,  
 y cuando no llegó a tiempo el único pie del cojo,  
 y canté, América, los dolores,  
 y recliné en ti mi cabeza.  
 Más ahora digo:  
 degollad la tristeza,  
 cantad frente al mar.  
 Dadme la mano, amigos.  
 Amo la tierra flaca  
 que me siguió cojeando a los destierros.  
 No quise confesarlo antes.  
 Era difícil,  
 me ahogaba el esqueleto,  
 el aire me dolía,  
 la voz me llagaba  
 pero ahora te amo.

No soy nada,  
 no soy herrero,

ni jinete, ni sembrador.  
Yo sólo sé cantar, pero te amo;  
¡también la aurora se construye con canciones!

¡Amigos,  
os encargo reír!  
Amad a las muchachas,  
cuidad a los jazmines,  
preservad al gorrión.  
No me busquen amargos en la noche:  
yo espero cantando la mañana.

Un gran viento se levanta.  
Hay demasiado dolor.  
Un gran viento se levanta.  
He visto arder extraños ríos.  
Un gran viento se levanta.  
preparad la hoguera,  
preparaos.

Aquí dejo mi poesía  
para que los desdichados se laven la cara.  
Buscadme cuando amanezca.  
Entre la hierba estoy cantando.

## El manto del hereje

BERTOLT BRECHT

Giordano Bruno, el nolano, a quien, en el año 1600, las autoridades romanas de la Inquisición enviaron a la hoguera por herejía, está considerado generalmente como un gran hombre, no sólo por sus audaces hipótesis -posteriormente verificadas- sobre los movimientos de los astros, sino también gracias a su valiente postura frente al tribunal de la Inquisición, al cual dijo:

-Es mayor tal vez el miedo que sentís al pronunciar vuestra sentencia que el mío al escucharla.

Si se leen sus escritos y se consultan los informes existentes sobre su actuación pública, se convendrá en atribuirle grandeza como hombre. Y sin embargo hay una historia con él relacionada que puede contribuir a aumentar,

si cabe, nuestra admiración por el nolano.

Es la historia de su manto.

Es preciso saber cómo cayó Bruno en manos de la Inquisición.

Un patricio veneciano, un tal Mocénigo, invitó al sabio a su casa para que le instruyera en la física y la mnemotecnia. A cambio de darle alojamiento y comida durante un par de meses, recibió aquel patricio las lecciones convenidas. Mas en lugar de enseñarle los secretos de la magia negra, como aquél deseaba, el nolano tan sólo le dio lecciones de física. El patricio se mostró muy disgustado por lo que él consideraba un fraude, ya que la física de nada le servía. Por eso comenzaron a pesarle los gastos derivados de la manutención de su huésped. Varias veces le exhortó seriamente a que se decidiera de una vez a comunicarle los secretos y lucrativos conocimientos que un hombre de su fama debía, sin duda, poseer, y, al ver que nada conseguía, decidió denunciarle por carta a la Inquisición. Escribió en su carta que aquel hombre perverso y desagradecido había hablado mal de Jesucristo en su presencia y había dicho que los monjes eran unos asnos que se dedicaban a atontar al pueblo, y que, por

si fuera poco, había osado afirmar, en contra de lo que dice la Biblia, que no existía sólo un sol, sino incontables soles etcétera, etcétera. Por todo lo cual, él, Mocénigo le había encerrado en el sótano de su casa y rogaba al tribunal que enviara por él a algún funcionario lo antes posible.

Los funcionarios de la Inquisición se presentaron en casa del patricio un lunes por la madrugada y condujeron al sabio a una de las mazmorras de la sacra institución.

El hecho ocurrió en la noche del domingo al lunes 25 de mayo de 1592, a las tres de la madrugada y desde entonces hasta el día en que subió a la hoguera, el 17 de febrero de 1600, no volvió el nolano a ver la calle.

Durante los ocho años que duró el terrible proceso, Giordano Bruno luchó sin desmayo por su vida, pero quizá el combate más desesperado de todos fue el que libró el primer año en Venecia para evitar que le entregaran a las autoridades de Roma.

A este período corresponde precisamente la historia del manto.

En el invierno de 1592, cuando aún se hospedaba en un hotel, encargó a un sastre

llamado Gabriele Zunto que le cortara un grueso manto. Aún no había pagado la prenda cuando fue detenido.

Al enterarse de su detención, corrió el sastre a casa del señor Mocénigo, en las cercanías de San Samuel, para presentar su factura. No llegó a tiempo. Un sirviente de aquella casa le señaló la puerta.

-Ya hemos gastado bastante en ese estafador -le gritó desde el umbral, y al oír aquellas voces algunos transeúntes volvieron la cabeza-. Dirigíos al tribunal del Santo Oficio y explicadles que tenéis trato con ese hereje.

El sastre quedó paralizado por el terror. Habían oído aquello unos golfillos que jugaban en la calle, y uno de ellos, un rapaz todo lleno de granos y de aspecto harapiento, le arrojó una piedra. Una mujer pobremente vestida que salió de un portal propinó a aquel pillo un buen sopapo, pero Zunto, que era ya viejo, comprendió claramente que era peligroso ser considerado como alguien que «tenía trato con el hereje». Dobló rápidamente la esquina no sin mirar varias veces, atemorizado, en torno suyo y, tras dar un largo rodeo, llegó por fin a su casa. Nada dijo a su mujer de su

infortunio, por lo que ésta se pasó toda una semana preguntándose cuál sería la causa de la depresión del marido.

Pero el primero de junio, al repasar las cuentas, descubrió que había un manto sin pagar y que el cliente era un individuo cuyo nombre estaba en labios de todos. En efecto, aquellos días no se hablaba en la ciudad más que del nolano. Corrían los más horripilantes rumores acerca de su perversidad. No sólo había echado pestes del matrimonio tanto en libros como en conversaciones, sino que había motejado de charlatán al mismo Jesucristo y había llegado a afirmar los mayores disparates acerca del sol. No era, pues, impropio de un hombre de esa calaña el dejar a deber un manto. Sin embargo, la buena mujer no tenía la menor intención de tolerar aquello. Después de una violenta discusión con su marido, púsose la ya septuagenaria mujer sus mejores galas y se encaminó al tribunal del Santo Oficio, donde exigió, con cara de pocos amigos, el pago de los treinta y dos escudos que le adeudaba el hereje allí encarcelado.

El funcionario que la atendió tomó nota de su petición y le prometió investigar el

asunto.

Pocos días después recibió Zunto una citación, y se presentó temblando en el temido edificio. Con gran sorpresa suya, no le tomaron declaración sino que le comunicaron que se tendría presente su petición a la hora de examinar las cuentas pendientes del detenido. De toda formas el funcionario le advirtió que no se hiciese demasiadas ilusiones.

El anciano quedó tan contento de haber salido tan bien librado de aquello que agradeció con humildad la gestión. Su mujer no era, sin embargo, tan fácil de contentar. No le bastaba que, para compensar la pérdida, su marido renunciara a su copita de todas las noches y se tirara cosiendo casi hasta la madrugada. Había deudas con el pañero que era preciso pagar. La sastra vociferaba en la cocina y en el patio que era una vergüenza encerrar a un delincuente antes de que hubiera pagado sus deudas, y que, si no quedaba más remedio, iría a Roma a ver al Santo Padre para recuperar sus treinta y dos escudos.

-En la hoguera no necesitaré ningún manto- gritaba.

Refirió la mujer a su confesor lo que

les pasaba: éste le aconsejó que reclamara por lo menos el manto. La anciana consideró ese consejo como un reconocimiento de su derecho por parte de una institución eclesiástica e insistió en que no le bastaba con que se le restituyese el abrigo, puesto que sin duda estaría ya usado, y, además, era hecho a medida. Ella quería el dinero. Como levantara un poco la voz en medio de su indignación, el sacerdote la echó de allí. Esto la hizo entrar un poco en razón, y durante unas semanas la mujer se estuvo tranquila. De la sede del tribunal de la Inquisición no llegaban más noticias del hereje. Sin embargo, se rumoreaba por todas partes que en cada interrogatorio salían a relucir las acciones más escandalosas. Con auténtica avidez prestaba oídos la sastra a todos aquellos chismes. Era una tortura para ella enterarse de que el asunto del hereje iba tan mal. Nunca sería puesto en libertad y jamás pagaría sus deudas. Ya no dormía siquiera por las noches, y cuando llegaron los calores de agosto, la anciana perdió totalmente el control de sus nervios y comenzó a dar rienda suelta a su lengua, exponiendo su queja lo mismo en las tiendas donde compraba que a cuantos clientes

acudían a probarse a la sastrería. A unos y otros aseguraba que los padres cometían un pecado rechazando con tanta indiferencia la demanda de un modesto artesano. Los impuestos eran agobiantes, y el pan había vuelto a subir últimamente.

Una mañana, un funcionario del Santo Oficio la condujo al edificio de la Inquisición, donde, tras amonestarla seriamente, le advirtieron que renunciase a sus maledicencias. Tras preguntarle si no le daba vergüenza poner en solfa a la sagrada institución por unos miserables escudos, le dieron a entender que disponían de toda clase de medios para ocuparse de gente de su calaña.

Aquella reprimenda le bastó por algún tiempo, aunque cada vez que recordaba la expresión «por unos miserables escudos» en boca de aquel hermano gordinflón, enrojecía de cólera. Mas en septiembre llegó la noticia de que el Gran Inquisidor de Roma había solicitado oficialmente la extradición del nolano. El asunto se estaba ya debatiendo en la «Signoria».

Los ciudadanos discutían acaloradamente la petición del Alto Tribunal de Roma, y en

general, el pueblo se oponía a la extradición. Los gremios no querían reconocer la potestad de ningún tribunal romano. La sastra estaba fuera de sí. ¿Es que iban a permitir que ese hereje saliera para Roma sin haber saldado antes sus deudas? Era el colmo. No bien hubo oído la increíble noticia cuando sin molestarse siquiera en cambiarse de ropa, echó a correr hacia la sede de la Inquisición.

Esta vez la recibió un funcionario más importante, quien, sorprendentemente, la trató con mayor amabilidad que los anteriores. Tenía el hombre casi la misma edad que ella y escuchó sus quejas con paciencia y atención.

Cuando la sastra hubo terminado, el viejo funcionario le preguntó, tras una breve pausa, si deseaba hablar con Bruno.

Ella aceptó en el acto, y así se fijó una entrevista para el próximo día. A la mañana siguiente, en un minúsculo cuartucho con ventanas enrejadas, la mujer se encontró frente a frente con un hombrecillo de rostro enjuto y oscura y rala barba que le preguntó amablemente qué deseaba de él.

La anciana había visto a aquel hombre en la sastrería durante las pruebas, y había tenido

presente su rostro todo el tiempo; sin embargo, esta vez le costó algún trabajo reconocerle. La tensión de los interrogatorios debía haberle desfigurado el semblante. La mujer habló apresuradamente:

-El manto. No lo habéis pagado.

Él se quedó mirándola sorprendido unos segundos, cuando por fin cayó en la cuenta, le preguntó en voz baja:

-¿Cuánto le debo?

-Treinta y dos escudos -respondió la sastra-. ¿Acaso no recibisteis la factura?

El prisionero se volvió hacia el funcionario alto y gordo que asistía a la entrevista para preguntarle si sabía cuánto dinero se había depositado junto con sus demás pertenencias en aquel edificio. El hombre lo ignoraba, pero prometió averiguarlo.

-¿Cómo está vuestro marido?- preguntó el nolano, dirigiéndose nuevamente a la sastra, como si el asunto estuviese ya prácticamente solucionado y las relaciones hubiesen vuelto a la normalidad, por lo que aquella visita cobraba un carácter totalmente distinto.

Desconcertada por tanta amabilidad, la mujer murmuró que estaba bien, e incluso

añadió algo en relación con el reuma que sufría. La sastra dejó, sin embargo, pasar dos días antes de volver a la sede del Santo Oficio, pues le pareció conveniente concederle un plazo al prisionero para que hiciese sus averiguaciones.

También esta vez se le permitió hablar con el nolano, aún cuando hubo de esperar en la celda más de una hora, pues el prisionero estaba siendo sometido a interrogatorio.

Cuando por fin llegó parecía muy agotado. Como no había silla, se apoyó ligeramente contra la pared. Sin embargo, en seguida fue al grano.

Con voz muy débil le explicó que, desgraciadamente, no podía pagarle el manto. Entre sus cosas no se había encontrado dinero en efectivo; pero la mujer no debía renunciar, sin embargo, a todas sus esperanzas. Había estado meditando sobre el asunto y se había acordado de que un editor de la ciudad de Francfort, que le había publicado hacía tiempo algunos libros, debía de tener todavía dinero suyo. Escribiría a ese hombre si se lo autorizaban. Mañana sin falta solicitaría el permiso. Le había dado la impresión, durante el interrogatorio, de que

hoy el ambiente no era demasiado favorable, por lo que, temiendo echarlo todo a perder, no había hecho ninguna gestión.

Mientras hablaba, la anciana miraba con sus ojos penetrantes. De sobra conocía los pretextos y subterfugios de los deudores morosos. No se preocupaban ni lo más mínimo de sus obligaciones, y luego, cuando se les presionaba, fingían remover cielo y tierra.

-¿Por qué encargaste un manto si no tenías dinero con qué pagarlo?- preguntó la mujer secamente.

El prisionero asintió con la cabeza como para demostrarle que entendía lo que quería decir. Luego respondió:

-Siempre gané dinero con mis libros y mis lecciones. Y pensé que seguiría ganándolo. En cuanto al manto, creí que iba a necesitarlo, pues no me imaginaba esto.

Lo dijo sin la más mínima amargura, como si sólo pretendiese no dejar a la anciana sin respuesta.

La sastra volvió a mirarle de arriba abajo con ojos de ira, pero al mismo tiempo con la sensación de no llegar a comprenderle. Y sin decir palabra dio media vuelta y salió

precipitadamente de aquel cuartucho.

-¿Quién va a enviar dinero a un hombre procesado por la Inquisición?- comentó aquella noche en la cama a su marido, llena de indignación. Aunque el sastrero estaba ya tranquilo con respecto a la actitud de las autoridades eclesiásticas para con él, desaprobaba los incansables esfuerzos de su mujer por obtener el dinero adeudado.

-Tiene cosas más importantes en qué pensar gruño-.

La sastra no dijo nada más.

Pasaron varios meses sin que se produjera ninguna novedad en el dichoso proceso. A principios de enero se dijo, sin embargo, que la Signoria estaba considerando la posibilidad de acceder a la petición de extradición formulada por el Vaticano en relación con el hereje. Fue entonces cuando llegó una nueva citación del Santo Oficio para el matrimonio Zunto.

En la citación no se especificaba la hora a la que debían presentarse, y la sastra se personó en el edificio de la Inquisición después de comer. Llegó en un mal momento. El prisionero esperaba la visita del procurador de la República de quien la Signoria había solicitado

un dictamen sobre el asunto de la extradición. Recibió a la anciana el alto funcionario que le había conseguido la primera entrevista con el nolano, quien le informó que el prisionero había expresado su deseo de hablar con ella. Al mismo tiempo, le rogó considerara si aquél era un momento apropiado, puesto que Bruno estaba pendiente de una conversación de la máxima trascendencia. La mujer contestó que no había más que preguntárselo al interesado.

Se envió, pues, a realizar aquella consulta a un empleado subalterno del tribunal, quien volvió al poco tiempo acompañado del prisionero. La entrevista tuvo lugar en presencia del alto funcionario.

Nada más entrar, el nolano obsequió a su visitante con una sonrisa, pero antes de que pudiera abrir la boca la mujer le espetó:

-¿Por qué os comportáis de ese modo si queréis poder pasearos un día en libertad?

El hombrecillo se quedó perplejo un instante. Se había visto obligado a responder a tantas preguntas durante todo aquel trimestre que apenas recordaba en qué había quedado su última conversación con la sastra.

-No me ha llegado ningún dinero -dijo

por fin-. Escribí a mi editor un par de veces, pero no me ha enviado nada. Pensé que tal vez querríais recuperar el manto.

- Ya sabía yo que íbamos a llegar a eso -replicó la anciana en tono despectivo- el manto no me sirve, pues está hecho a medida y es demasiado pequeño para la mayoría de las personas.

El nolano la miró con rostro apenado.

-No había pensado en eso -exclamó, volviéndose hacia el anciano sacerdote-. ¿No sería posible vender todas mis cosas y pagar con ello a esta gente?

-Me temo que no va a ser posible -intervino el carcelero alto y gordo que le había acompañado desde la celda-. El señor Mocénigo reclama ese dinero. Dice que vivisteis mucho tiempo a costa suya.

-Pero si yo era su huésped- replicó fatigado el prisionero.

El anciano funcionario levantó la mano.

-Esa es harina de otro costal. Considero que corresponde devolver el manto.

-¿Y qué quiere que hagamos con él?- exclamó la sastra, obstinada.

El rostro del anciano se enrojeció

ligeramente.

-Estimada señora -dijo con voz pausada-, creo que no os vendría mal un poco de caridad cristiana. El prisionero tiene pendiente una conversación que es para él asunto de vida o muerte. No podéis exigir que se preocupe únicamente de vuestro manto.

La anciana le miró insegura. De pronto recordó dónde estaba y se preguntó si no sería mejor retirarse.

-Creo que tiene derecho a protestar- oyó que susurraba en ese momento el prisionero. La sastra se volvió hacia él.

-Debéis disculparme -añadió el nolano-. No creáis que su pérdida me es indiferente. Voy a elevar una instancia al respecto.

El subalterno alto y gordo había salido de la celda obedeciendo a una seña del anciano.

-El manto no nos ha sido entregado junto con las demás pertenencias. Mocénigo debe de haberse quedado con él- dijo al regresar, extendiendo los brazos.

El nolano se sobresaltó visiblemente. Luego dijo con voz firme:

Eso no es justo. Le demandaré.

El anciano meneó la cabeza.

-Más vale que os preocupéis de la conversación que habréis de mantener dentro de un par de minutos. No puedo permitir que se siga discutiendo aquí por un par de escudos.

A la anciana se le subió la sangre a la cabeza.

Mientras hablaba el nolano, había permanecido en silencio, mirando con gesto de disgusto hacia un rincón. Pero otra vez había perdido la paciencia.

-¡Un par de escudos! -comenzó a chillar-. ¡Son las ganancias de todo un mes de trabajo! ¡Claro que eso no os va ni os viene!

¿Qué perdéis vos en ello?

En aquel instante asomó por la puerta un monje de gran estatura.

-El procurador ha llegado- anunció a media voz, mientras miraba sorprendido a la mujer, que no dejaba de gritar.

El subalterno alto y gordo tomó al nolano por un brazo y se lo llevó de la habitación. Mientras salía, el prisionero se volvió un momento a mirar a la mujer. Su rostro enjuto mostraba una gran palidez.

La anciana descendió azorada la escalera

de piedra del edificio. No sabía qué pensar. Después de todo, el hombre había hecho lo posible.

Cuando, al cabo de una semana, se presentó el tipo alto y gordo para hacer entrega al sastre del manto, la anciana no quiso entrar en el taller, mas pegó la oreja la puerta y oyó decir a aquél:

-Realmente, estos últimos días ha estado haciendo toda clase de trámites relacionados con el asunto del manto. Aprovechando el tiempo que le dejaban libre los interrogatorios y las entrevistas con las autoridades de la ciudad, consiguió elevar un par de instancias y varias veces solicitó audiencia con el nuncio para tratar del asunto. Por fin consiguió lo que pretendía. Mocénigo no tuvo más remedio que entregar el manto, el cual, dicho sea de paso, le habría venido ahora muy bien, pues la extradición ha sido concedida, y esta semana Bruno será enviado a Roma.

Así sucedió. Corrían los últimos días del mes de enero.

## Amistad a lo largo

JAIME GIL DE BIEDMA

Pasan lentos los días  
y muchas veces estuvimos solos.  
Pero luego hay momentos felices  
para dejarse ser en amistad.

Mirad:  
somos nosotros.

Un destino condujo diestramente  
las horas, y brotó la compañía.  
Llegaban noches. Al amor de ellas  
nosotros encendíamos palabras,  
las palabras que luego abandonamos  
para subir a más  
empezamos a ser los compañeros  
que se conocen  
por encima de la voz o de la seña.

Ahora sí. Pueden alzarse  
las gentiles palabras  
—esas que ya no dicen cosas—,

flotar ligeramente sobre el aire;  
porque estamos nosotros enzarzados  
en el mundo, sarmentosos  
de historia acumulada,  
y está la compañía que formamos plena,  
frondosa de presencias.  
Detrás de cada uno  
vela su casa, el campo, la distancia.

Pero callad.  
Quiero deciros algo.  
Sólo quiero deciros que estamos todos juntos.  
A veces, al hablar, alguno olvida  
su brazo sobre el mío,  
y yo aunque esté callado doy las gracias,  
porque hay paz en los cuerpos y en nosotros.  
Quiero deciros cómo todos trajimos  
nuestras vidas aquí, para contarlas.  
Largamente, los unos con los otros  
en el rincón hablamos, tantos meses!  
que no sabemos bien, y en el recuerdo  
el júbilo es igual a la tristeza.  
Para nosotros el dolor es tierno.  
  
Ay el tiempo! Ya todo se comprende.

## Cuando ya nadie sepa...

MANUEL VÁZQUEZ MONTALBÁN

Cuando ya nadie sepa  
el por qué de mi nombre  
o de este mueble  
ni por qué fue tan triste aquel doce de agosto  
olvidadas crueldades sin origen  
pequeñas cicatrices en alcohol  
¿recuerdas?  
fue en abril y te caíste en la fuente más  
hermosa de Praga  
  
fotografías llenas de desconocidos  
sin nadie que les avale  
¿recuerdas?  
es el primo Anselmo antes de morir de  
arrepentimiento  
había tenido el tifus en Larache  
pero te llevó un día al Laberinto  
fue en abril y te caíste en la fuente más  
hermosa de Praga  
qué dije en mi primer entierro

quizás en aquel triste doce de agosto  
¿recuerdas?  
no, fue en abril y te caíste en la fuente más  
hermosa de Praga

te pusieron una chaqueta de hombre  
el primo Anselmo envejeció mucho antes de  
morir de arrepentimiento  
por haberte dejado caer en la fuente más  
hermosa de Praga

tenía un gato de piedra  
del que manaba el agua

### **Olvidable la muerte de todos, tú...**

Olvidable la muerte de todos, tú  
y la vieja insatisfacción de amanecer,  
furias abstractas por barcos hundidos  
húmedos cargamentos de humo malva,  
rostros torvos, fenicios y verdugos  
venden sentido común  
en la plaza

de San Lukáes evangelista, los Macabeos

-Noemí ha llorado del todo y Rut  
abre sus piernas al doblón de oro-  
los Macabeos  
decía, los Macabeos eran un algo brutos  
y lo hicieron todo por el qué dirán

qué dirán los náufragos y los ángeles  
rueda la noche, arranca chispas  
las estrellas

son más humanas desde aquel otoño,  
eras aún una muchacha de tierra  
que borraba el paisaje, no la tristeza,  
no la trata de acacias, no la trata  
de leyes de fugas, no la trata de sagradas  
escrituras

no el dolor con rostros y apellidos

## El juego del muerto

RUBEM FONSECA

Se reunían en el *Bar de Anisio* todas las noches. Marinho, dueño de la farmacia más importante de la ciudad, Fernando y Goncalves, socios de un almacén, y Anisio. Ninguno de ellos había nacido en la Baixada, ni siquiera en la ciudad. Anisio y Fernando eran de Minas, y Marinho, de Ceará. Goncalves había venido de Portugal. Eran pequeños comerciantes, prósperos y ambiciosos. Tenían modestas casitas de veraneo en la misma parcela de la región de los lagos, eran del Lion's, iban a la iglesia, llevaban una vida moderada. Y tenían en común, además, un interés enorme por las apuestas. Apostaban entre ellos a las cartas, a los partidos de fútbol, a las carreras de caballos y de automóviles, a los concursos de mises. Todo lo que fuera aleatorio les servía. Jugaban fuerte, pero ninguno solía

perder mucho, pues una racha de pérdidas iba seguida casi siempre por otra de ganancias. Aunque en los últimos meses Anisio, el dueño del bar, venía perdiendo constantemente. Jugaban a las cartas y bebían cerveza aquella noche en que inventaron el juego del muerto. Fue Anisio quien lo inventó.

Apuesto a que el escuadrón mata más de veinte este mes, dijo.

Fernando observó que más de veinte era muy vago.

Apuesto a que el escuadrón mata veintiuno este mes, dijo Anisio.

¿Sólo aquí, en la ciudad, o en toda la región?, preguntó Goncalves. A pesar de llevar muchos años en Brasil, tenía aún un acento muy fuerte.

Apuesto mil a que el escuadrón mata veintiuno este mes, aquí, en Meriti, insistió Anisio.

Apuesto a que mata sesenta y nueve, dijo Goncalves riendo.

Son demasiados, dijo Marinho.

Es una broma, dijo Goncalves.

Ni broma ni nada, dijo Anisio tirando con fuerza la carta en la mesa, lo dicho, dicho.

Estoy harto de que andéis siempre con lo de «era una broma». Se acabó. Se apuesta y a callar. A ver quién se echa atrás.

Era verdad.

¿Conocéis la historia del portugués del sesenta y nueve?, preguntó Anisio. Le explicaron al portugués qué era el sesenta y nueve. Quedó horrorizado y dijo. Dios mío, qué cosa más asquerosa, yo no le hacía eso ni a mi madre que fuera..

Todos se echaron a reír. Menos Goncalves.

¿Sabes que no está mal la apuesta?, dijo Fernando. Mil a que el escuadrón mata una docena. ¡Eh, Anisio! ¿Qué tal un poquito de queso para acompañar las cervezas? ¿Y unas rajitas de embutido?

Anota ahí, dijo Anisio a Marinho, que iba registrando las apuestas en una libreta de tapa verde: mil más a que de los veintiún míos, diez son mulatos, ocho negros y dos blancos.

¿Quién va a decidir quién es blanco, negro o mulato? Aquí todos son mezclados. ¿Y cómo se va a saber si fue exactamente el escuadrón?, preguntó Goncalves.

Lo que salga en *O Dia* es lo que vale. Si

dice que es negro, es negro, y si dice que fue el escuadrón, fue el escuadrón. ¿Vale?, preguntó Marinho.

Otros mil a que el más joven tiene dieciocho años, y el más viejo, veintiséis, dijo Anisio.

Entró en aquel instante el Falso Perpetuo y los cuatro se callaron. El Falso Perpetuo tenía el pelo liso, negro, cara huesuda, la mirada impasible, y no reía jamás, igual que El Perpetuo Verdadero, un policía famoso asesinado años atrás. Ninguno de los jugadores sabía qué hacía Falso Perpetuo, tal vez fuera empleado de banca, o funcionario público, pero su presencia cuando de vez en cuando aparecía por el bar de Anisio, atemorizaba siempre a los cuatro amigos. Nadie sabía su nombre. Lo de Falso Perpetuo era un mote que le había puesto Anisio, que había conocido al Verdadero.

Llevaba dos Colt 45, uno a cada lado del cinturón, y se le notaba el bulto de las cartucheras. Tenía la costumbre de quedarse acariciando levemente los faldones de la chaqueta, una señal de alerta, de que estaba siempre a punto de sacar el arma y de que tiraba con las dos manos. Para matarlo, tendría que

ser por la espalda.

El Falso Perpetuo se sentó y pidió una cerveza sin mirar a los jugadores, pero moviendo un poco la cabeza, el cuello tieso, tal vez prestando atención a lo que el grupo decía.

Creo que es sólo una manía nuestra - murmuró Fernando-. Que sea lo que quiera, para qué preocuparnos, quien nada ha hecho, nada tiene que temer.

No sé, no sé, dijo Anisio pensativo. Siguieron jugando a las cartas en silencio, esperando que se fuera el Falso Perpetuo.

A fin de mes, de acuerdo con *O Dia*, el escuadrón había ejecutado a veintiséis personas, dieciséis mulatos, nueve negros y un blanco; el más joven tenía quince años, y el más viejo, treinta y ocho.

Vamos a celebrar la victoria, dijo Goncalves a Marinho, que junto con él había ganado la mayor parte de las apuestas. Bebieron cerveza, comieron queso, jamón y pastelillos.

Tres meses de mala racha, dijo Anisio pensativo.

Había perdido también al póker, a las carreras y al fútbol. El tenderete que había comprado

en Caxias daba pérdidas, su cuenta iba de mal en peor y la mujer con quien se había casado seis meses atrás gastaba demasiado.

Y ahora vamos a entrar en agosto, dijo, el mes en que Getulio se pegó el tiro en el corazón. Yo era un chiquillo entonces, trabajaba en un bar de la calle del Catete y lo vi todo, las lágrimas, los gritos, la gente desfilando ante el ataúd, el cuerpo, cuando lo llevaban al Santos Dumont, los soldados disparando las metralletas contra la gente. Si tuve mala racha en julio, ya verás en agosto.

Pues no apuestes este mes, dijo Goncalves, que acababa de prestarle doscientos mil cruzeiros.

No, este mes tengo que recuperar parte de lo que llevo perdido, dijo Anisio con aire sombrío.

Los cuatro amigos ampliaron para aquel mes de agosto las reglas del juego. Aparte de la cantidad, la edad y el color de los muertos, añadieron el estado civil y la profesión. El juego se iba haciendo más complejo.

Creo que hemos inventado un juego que va a resultar más popular que la lotería, dijo Marinho. Ya medio borrachos, se rieron tanto,

que Fernando llegó a orinarse pantalones abajo.

Se acercaba el fin de mes y Anisio, cada vez más irritado, discutía frecuentemente con los compañeros. Pero aquel día estaba más nervioso y exasperado que nunca y sus amigos esperaban, incómodos, la hora de que acabase la partida de cartas.

¿Quién me acepta una apuesta?, dijo Anisio.

¿Qué apuesta?, preguntó Marinho, que era el que más veces había ganado.

Apuesto a que el escuadrón mata este mes a una chiquilla y a un comerciante. Doscientos mil.

Qué locura, dijo Goncalves, pensando en su dinero y en el hecho de que el escuadrón jamás mataba chiquillas ni comerciantes.

Doscientos mil, repitió Anisio con voz amarga, y tú, Goncalves, a ver si dejas de llamar locos a los demás, el loco eres tú, que dejaste tu tierra para venir a este país de mierda.

Creo que no tienes ninguna posibilidad de ganar, dijo Marinho. Además, ya está acabando el mes.

Casi eran las once remataron la partida y

se despidieron apresuradamente.

Los camareros se fueron en seguida y Anisio se quedó solo en el bar. Los demás días se iba rápido a casa, junto a su joven esposa, pero aquella vez se quedó sentado bebiendo cerveza hasta poco después de la una de la madrugada, cuando llamaron en la puerta de atrás.

Entró el Falso Perpetuo y se sentó a la mesa de Anisio.

¿Una cerveza?, dijo Anisio vacilando entre tratar al Falso Perpetuo de tú o de usted, dudoso sobre qué grado de respeto debía tributarle.

No. ¿De qué se trata? El Falso Perpetuo hablaba bajo, con una voz sin relieve, apática, indiferente.

Anisio le explicó las apuestas en el Juego del muerto que él y sus compañeros cruzaban todos los meses. El visitante oía en silencio, rígido, las manos apoyadas en los brazos del asiento. Por un momento le pareció a Anisio que el Falso Perpetuo se frotaba las manos en los faldones de la chaqueta, como el Verdadero, pero no, había sido un error.

Anisio empezó a sentirse incómodo ante

la suavidad del hombre. Tal vez sólo fuera un funcionario, un burócrata. Dios santo, pensó Anisio, doscientos mil, tirados así como así. Iba a tener que vender el tenderete de Caxias. Inesperadamente pensó en su joven esposa, en su cuerpo tibio y rotundo.

El escuadrón tiene que matar a una chiquilla y a un comerciante este mes, a ver si puedo salir de apuros, dijo Anisio.

¿Y qué tengo yo que ver con eso? Suave.

Anisio se llenó de valor. Había bebido mucha cerveza, estaba al borde de la ruina y se encontraba mal, como si apenas pudiera respirar.

Para mí que usted es del Escuadrón de la Muerte.

El Falso Perpetuo se mantuvo impassible.

¿Cuál es la propuesta?

Diez mil, si mata a una chiquilla y a un comerciante. Usted o sus compadres, a mí me da igual.

Anisio suspiró, inquieto. Ahora que veía su plan a punto de realizarse, se iba apoderando de su cuerpo una sensación de debilidad.

¿Tiene aquí el dinero? Puedo hacer la

cosa hoy mismo.

Lo tengo en casa.

¿Por dónde empiezo?

Los dos de una vez.

¿Pero no tiene alguna preferencia?

Goncalves, el dueño de la tienda, y su hija.

¿Ese gallego amigo suyo?

No es mi amigo. Otro suspiro.

¿Qué edad tiene su hija?

Doce años. La imagen de la pequeña tomándose un refresco en el bar surgía y desaparecía en su cabeza con una punzada dolorosa.

Está bien, dijo el Falso Perpetuo, muéstreme la casa del gallego. Anisio notó entonces que sobre el cinturón de los pantalones llevaba otro, ancho.

Entraron en el coche del Falso Perpetuo y se dirigieron a casa de Goncalves. A aquella hora estaba desierta la ciudad. Se detuvieron a cincuenta metros de la casa. De la guantera, el Falso Perpetuo sacó dos hojas de papel donde dibujó, de forma tosca, dos calaveras con las iniciales E. M.

Será cosa de un momento, dijo el Falso

Perpetuo saliendo del automóvil.

Anisio se tapó los oídos con las manos, cerró los ojos y se inclinó hasta que su rostro rozó el forro de plástico del asiento, del que salía un olor desagradable que le recordaba su infancia. Le zumbaban los oídos. Pasó un tiempo, hasta que oyó tres tiros.

El Falso Perpetuo volvió y entró en el coche.

A ver, venga el dinero, ya me he cargado a la pareja. De propina maté también a la vieja.

Se pararon ante la casa de Anisio. Este entró. Su mujer estaba acostada, de espaldas a la puerta del cuarto. Solía acostarse de lado y su cuerpo visto de espaldas era aún más hermoso. Anisio cogió el dinero y salió.

¿Sabe que ni siquiera sé su nombre?, dijo Anisio en el coche, mientras el Falso Perpetuo contaba el dinero.

Es mejor así.

Le he puesto un mote.

¿Cuál?

Falso Perpetuo. Anisio intentó reír, pero su corazón estaba pesado y triste.

¿Habría sido una aprensión? El otro le había mirado como alertado de súbito, y

mientras tanto se acariciaba delicadamente los faldones de la chaqueta. Los dos quedaron mirándose en la penumbra del automóvil. Al darse cuenta de lo que iba a ocurrir, Anisio sintió como una especie de alivio.

El Falso Perpetuo se sacó del cinturón una enorme pistola negra, apuntó al pecho de Anisio y disparó. Anisio oyó el estruendo, y luego, un silencio muy largo. Perdón, intentó decir, sintiendo la boca llena de sangre e intentando recordar una oración mientras el rostro huesudo de Cristo a su lado, iluminado por la luz de la calle, se oscurecía rápidamente.

## Che: fugacidad de su muerte

JORGE ENRIQUE ADOUM

¿treinta años ya?  
 ¿o sea que pudimos seguir sobrando treinta años en un mundo en que no estaba él?  
 ¿o sea que hay una generación que ha podido nacer crecer y engendrar en un mundo en que desde hace treinta años falta él?  
 ¿cómo concebir el mundo treinta años sin él?  
 ¿américa sin él?  
 (si hasta les decíamos a los europeos que debe ser triste no ser latinoamericano porque él era la primera muestra de ese hombre futuro que américa iba a parir un día él era ese ser de carne que ya estaba en la leyenda o a la inversa ese héroe de epopeya con el que hasta hacía poco tomábamos un café él hizo sentirse noble a nuestra américa sentirse digna cuando en cuba era más américa que nunca

e íbamos por ahí orgullosos de haber nacido en el mismo continente que él en la misma época y de la admiración y el cariño de la humanidad cuando se hablaba de cualquiera de sus hazañas o de sus difíciles virtudes teníamos en cierto modo la pretensión de que nos tocaba una parte...)

o sea que estamos nosotros sin el che después de que lo dejamos al che sin nosotros (se nos estaba convirtiendo peligrosamente en excusa él hacía por nosotros lo que nosotros debíamos hacer él hacía lo que sabíamos que había que hacer pero no hacíamos lo que queríamos hacer pero no hicimos lo que inevitablemente tenemos que hacer pero no hacemos y estábamos satisfechos él lo hacía bien todo lo hacía bien y lo dejamos solo comandante sin ejército el ejército estábamos aplaudiendo desde lejos su hombría admirando su entereza conmoviéndonos su integridad de varón...)

tal vez por creerlo tan grande creímos que no hacía falta alguna nuestra pequeñez a sus órdenes

y porque lo creíamos invulnerable nada hicimos para que esos indios impenetrables tuvieran una rendija en la piedra del alma por donde pudiera entrarles de una vez el futuro aclarar las cosas de su tiniebla

nada hicimos jamás para que esa india con una hija enferma supiera quién la estaba asesinando largamente y quién iba a salvarnos

ella recibió los cincuenta pesos que le dio el che y alguien lo delató

y nosotros lo traicionamos porque no estuvimos con con él delante de él junto a él detrás de él

cuando lo cercaron los militares y los lobos (lobos y lobos)

ahora es difícil creer que él haya podido morir un día

pero más difícil fue hace treinta años porque el mundo no podía imaginar que la pequeña muerte de los hombres lo tocara

porque la muerte es tan poca cosa y un teniente prado es poca cosa y un general

ovando es bien poca cosa  
 (y nos aferrábamos a las mentiras de la  
 estupidez armada a las contradicciones de  
 la infamia tratando de encontrar en ellas el  
 indicio de que estaba vivo  
 volviéndonos súbitamente expertos en lógica  
 como si los gorilas tuvieran nuestra lógica  
 expertos en trucaje de fotografías analizando  
 su barba temiendo que fuera él pero  
 hablando  
 del cristo de mantegna y de esculturas del  
 barroco...)  
 cuando fidel dijo que había muerto  
 bajamos la cabeza y juntamos el montoncito  
 de recuerdos como hacemos cada vez que  
 alguien muere como para recomponerlo  
 para que nos lo devolvieran completo  
 sin huecos sus pulmones y su vientre  
 íntegros sus huesos que dijeron habían  
 quebrado para meterlo en un tarro  
 intacta su piel que dijeron habían quemado  
 para que su tumba no se convirtiera en lugar  
 de peregrinación  
 pero carajo dije  
 si no hay un solo matorral de américa donde  
 no lo hubieran matado

no hay un solo sitio que no fuera su tumba de  
 combatiente y mártir  
 y nos sentimos miserables con un poco de  
 culpa por su soledad  
 pero enorgulleciéndonos otra vez por esa  
 bofetada final que en nombre todos nosotros  
 dio a todos los coroneles en la cara de  
 selniche  
 y llenándonos de odio más del que un ser  
 humano puede soportar  
 contra ese barrientos híbrido de gorila y G.I.  
 que se frotaba las manos  
 y contra nuestra propia ¿qué? ¿cobardía  
 dogma comodidad mutilación?  
 y entonces sólo entonces quisimos haber  
 estado en valle grande  
 haber muerto junto a él  
 mejor en lugar de él...

alguien dijo ese día que el gran barbudo de la  
 isla del caribe se había quedado solo  
 no carajo dije  
 él esta allí con diez millones de compañeros  
 que lo aman y los revolucionarios del mundo  
 que lo admiran  
 los que estamos solos y ya sin excusa somos

nosotros  
 los que siempre hemos estado solos porque  
 hemos querido estar solos viciosamente solos  
 ocupados con nuestra domesticidad  
 hablablablando de la revolución antes de  
 irnos a beber o a dormir  
 y los otros que ya ni siquiera hablan de  
 revolución  
 y no se trató ya de haber muerto en su lugar  
 sino de juntar nuestras soledades y nuestras  
 pequeñeces para reemplazarlo entre todos  
 ya no de haber estado en su lugar sino de ir a  
 su lugar  
 nosotros por lo menos los que no nos habíamos  
 podrido...  
 y mucho tiempo después hasta en las aldeas  
 remotas de asia y de áfrica vimos a campesinos  
 discutir sus problemas agrarios en torno a una  
 mesa sobre la tierra bajo la bandera de su país  
 y un estandarte con la imagen del hombre de  
 la estrella en la frente  
 y en las paredes de nuestras ciudades pintada  
 la imagen sucesiva del hombre de la estrella  
 en la frente  
 y a las adolescentes que no lo conocieron  
 llevar en el pecho sobre los pechos la imagen

del hombre de la estrella en la frente...

de pronto vino la perrada de la historia  
 atónitos entramos en algo como una vacancia  
 ideológica cuando de pronto nadie supo  
 nada  
 ni creyó ya en nada  
 y en lugar de aborrecernos y de odiarnos como  
 si lloráramos por nuestra impotencia  
 anduve preguntando qué se hizo en qué  
 recodo desde la entraña de américa  
 se nos perdió el hombre nuevo que esperábamos  
 y por cuyo advenimiento algunos dieron su  
 vida  
 qué se hizo desde cuando lo abandonamos  
 con su guerrilla fantasma en la selva  
 qué se hizo cuando el neoliberalismo se  
 convirtió en la «única forma universal de  
 gobierno» con la díscola excepción de cuba  
 cuando porque lo mataron creyeron que había  
 muerto y anunciaron «el fin de la historia»  
 como si ya todos pensáramos igual con la  
 indócil excepción de chiapas y de cuba  
 pero yo sé sabemos que la historia no puede  
 terminar antes de que regrese el hombre nuevo

que él anunció trayéndolo consigo  
como la más bella utopía de américa  
y por eso lo espero para poder seguir vivo  
y poder seguir esperando lo que viene

entonces che ¿hasta la victoria siempre?

## Generación

BOJIDAR BOJILOV

Éramos sólo ardor,  
poemas, sólo movimiento,  
sólo dudas, sólo rebeldía y sólo ira  
que la época bautizó como «izquierda»;  
éramos sin diploma y sin gratificaciones,  
cada uno sin gloria, cada uno hambriento,  
más felices en el in fiemo de pólvora: joven  
cada uno joven, yo era joven, y tu eras joven...

Todo esto ahora esta atrás.  
tenemos volúmenes de versos,  
tenemos ceniza del ardor tempestuoso,  
tenemos memoria del loco movimiento  
ya no tenemos aquellas dudas.  
aquella rebeldía, aquella ira.  
Cada uno se alegra que está sano todavía  
cada uno se alegra por la gloria y los premios.  
Solo que otros ya son jóvenes.

## **La muerte tiene permiso**

EDMUNDO VALADÉS

Sobre el estrado, los ingenieros conversan, ríen. Se golpean unos a otros con bromas incisivas. Sueltan chistes gruesos cuyo clímax es siempre áspero. Poco a poco su atención se concentra en el auditorio. Dejan de recordar la última juerga, las intimidades de la muchacha que debutó en la casa de recreo a la que son asiduos. El tema de su charla son ahora esos hombres, ejidatarios congregados en una asamblea y que están ahí abajo, frente a ellos.

-Sí, debemos redimirlos. Hay que incorporarlos a nuestra civilización, limpiándolos por fuera y enseñándolos a ser sucios por dentro...

-Es usted un escéptico, ingeniero. Además, pone usted en tela de juicio nuestros esfuerzos, los de la Revolución.

-¡Bah! todo es inútil. Estos hijos son irremediables. Están podridos en alcohol, en ignorancia. De nada ha servido repartirles tierras.

-Usted es un superficial, un derrotista, compañero. Nosotros tenemos la culpa. Les hemos dado las tierras, ¿y qué? Estamos ya muy satisfechos. Y el crédito, los abonos, una nueva técnica agrícola, maquinaria, ¿van a inventar ellos todo eso?

El presidente, mientras se atusa los enhiestos bigotes, acariciada asta por la que iza sus dedos con fruición, observa tras sus gafas, inmune al floreteo de los ingenieros. Cuando el olor animal, terrestre, picante, de quienes se acomodan en las bancas, cosquillea su olfato, saca un paliacate y se suena las narices ruidosamente. Él también fue hombre del campo. Pero hace ya mucho tiempo. Ahora, de aquello, la ciudad y su posición sólo le han dejado el pañuelo y la rugosidad de sus manos.

Los de abajo se sientan con solemnidad, con el recogimiento del hombre campesino que penetra en un recinto cerrado: la asamblea o el templo. Hablan parcamente y las palabras

que cambian dicen de cosechas, de lluvias, de animales, de créditos. Muchos llevan sus itacates al hombro, cartucheras para combatir el hambre. Algunos fuman, sosegadamente, sin prisa, con los cigarrillos como si les hubieran crecido en la propia mano.

Otros, de pie, recargados en los muros laterales, con los brazos cruzados sobre el pecho, hacen una tranquila guardia.

El presidente agita la campanilla y su retintín diluye los murmullos. Primero empiezan los ingenieros. Hablan de los problemas agrarios, de la necesidad de incrementar la producción, de mejorar los cultivos. Prometen ayuda a los ejidatarios, los estimulan a plantear sus necesidades.

-Queremos ayudarlos, pueden confiar en nosotros.

Ahora, el turno es para los de abajo. El presidente los invita a exponer sus asuntos. Una mano se alza, tímida. Otras la siguen. Van hablando de sus cosas: el agua, el cacique, el crédito, la escuela. Unos son directos, precisos; otros se enredan, no atinan a expresarse. Se rasan la cabeza y vuelven el rostro a buscar lo que iban a decir, como si la idea se les hubiera

escondido en algún rincón, en los ojos de un compañero o arriba, donde cuelga un candil.

Allí, en un grupo, hay cuchicheos. Son todos del mismo pueblo. Les preocupa algo grave. Se consultan unos a otros: consideran quién es el que debe tomar a palabra.

- Yo creo que Jilipe: sabe mucho...

-Ora, tú, Juan, tú hablaste aquella vez...

No hay unanimidad. Los aludidos esperan ser empujados. Un viejo, quizá el patriarca, decide:

-Pos que le toque a Sacramento...

Sacramento espera.

-Ándale, levanta la mano...

La mano se alza, pero no la ve el presidente. Otras son más visibles y ganan el turno. Sacramento escudriña al viejo. Uno, muy joven, levanta la suya, bien alta. Sobre el bosque de hirsutas cabezas pueden verse los cinco dedos morenos, terrosos. La mano es descubierta por el presidente. La palabra está concedida.

-Orale, párate.

La mano baja cuando Sacramento se pone en pie.

Trata de hallarle sitio al sombrero. El sombrero

se transforma en un ancho estorbo, crece, no cabe en ningún lado. Sacramento se queda con él en las manos. En la mesa hay señales de impaciencia. La voz del presidente salta, autoritaria, conminativa:

-A ver ese que pidió la palabra, lo estamos esperando.

Sacramento prende sus ojos en el ingeniero que se haya en un extremo de la mesa. Parece que sólo va a dirigirse a él; que los demás han desaparecido y han quedado únicamente ellos dos en la sala.

-Quiero hablar por los de San Juan de las Manzanas. Traimos una queja contra el presidente municipal que nos hace mucha guerra y ya no lo aguantamos. Primero les quitó sus tierritas a Felipe Pérez y a Juan Hernández, porque colindaban con las suyas. Telegrafiamos a México y ni nos contestaron. Hablamos los de la congregación y pensamos que era bueno ir al Agrario, pa la restitución. Pos de nada valieron las vueltas ni los papeles, que las tierritas se le quedaron al presidente municipal.

Sacramento habla sin que se alteren sus facciones.

Pudiera creerse que reza una vieja oración, de la que sabe muy bien el principio y el fin.

-Pos nada, que como nos vio con rencor, nos acusó quesque por revoltosos. Que parecía que nosotros le habíamos quitado sus tierras. Se nos vino entonces con eso de las cuentas; lo de los préstamos, señor, que dizque andábamos atrasados. Y el agente era de su mal parecer, que teníamos que pagar hartos intereses. Crescencio, el que vive por la loma, por ai donde está el aguaje y que le intelige a eso de los números, pos hizo las cuentas y no era verdá: nos querían cobrar de más. Pero el presidente municipal trajo unos señores de México, que con muchos poderes y que si no pagábamos nos quitaban las tierras. Pos como quien dice, nos cobró a la fuerza lo que no debíamos...

Sacramento habla sin énfasis, sin pausas premeditadas. Es como si estuviera arando la tierra. Sus palabras caen como granos, al sembrar.

-Pos luego lo de m'ijo, señor. Se encorajinó el muchacho. Si viera usted que a mí me dio mala idea. Yo lo quise detener. Había tomado y se le enturbió la cabeza. De nada me valió mi respeto. Se fue a buscar al presidente

municipal, pa reclamarle... Lo mataron a la mala, que dizque se andaba robando una vaca del presidente municipal. Me lo devolvieron difunto, con la cara destrozada...

La nuez de la garganta de Sacramento ha temblado. Sólo eso. Él continúa de pie, como un árbol que ha afianzado sus raíces. Nada más. Todavía clava su mirada en el ingeniero, el mismo que se halla al extremo de la mesa.

-Luego, lo del agua. Como hay poca, porque hubo malas lluvias, el presidente municipal cerró el canal. Y como se iban a secar las milpas y la congregación iba a pasar mal año, fuimos a buscarlo; que nos diera tantita agua señor, pa nuestras siembras. Y nos atendió con malas razones, que por nada se amuina con nosotros. No se bajó de su mula, pa perjudicamos...

Una mano jala el brazo de Sacramento. Uno de sus compañeros le indica algo. La voz de Sacramento es lo único que resuena en el recinto.

-Si todo esto fuera poco, que lo del agua, gracias a la Virgencita hubo más lluvias y medio salvamos las cosechas, está lo del sábado. Salió el presidente municipal con los

suyos, que son gente mala y nos robaron dos muchachas: a Lupita, la que se iba a casar con Herminio, y a la hija de Crescencio. Como nos tomaron desprevenidos, que andábamos en la faena, no pudimos evitarlo. Se las llevaron a fuerza al monte y así las dejaron tiradas. Cuando regresaron las muchachas, en muy malas condiciones, porque hasta de golpes les dieron, ni siquiera tuvimos que preguntar nada. Y se alborotó la gente de a de veras, que ya nos cansamos de estar a merced de tan mala autoridad.

Por primera vez, la voz de Sacramento vibró. En ella latió una amenaza, un odio, una decisión ominosa.

-Y como nadie nos hace caso, que a todas las autoridades hemos visto y pos no sabemos dónde estará la justicia queremos tomar aquí providencias. A ustedes, -y Sacramento recorrió ahora a cada ingeniero con la mirada y la detuvo ante quien presidía-, que nos prometen ayudarnos, les pedimos su gracia para castigar al presidente municipal de San Juan de las Manzanas. Solicitamos su venia para hacernos justicia por nuestra propia mano...

Todos los ojos auscultan a los que están

en el estrado. El presidente y los ingenieros, mudos, se miran entre sí. Discuten al fin.

-Es absurdo, no podemos sancionar esta inconcebible petición.

-No, compañero, no es absurda. Absurdo sería dejar este asunto en manos de quienes no han hecho nada, de quienes han desoído esas voces. Sería cobardía esperar a que nuestra justicia hiciera justicia; ellos ya no creerán nunca más en nosotros. Prefiero solidarizarme con estos hombres, con su justicia primitiva, pero justicia al fin; asumir con ellos la responsabilidad que me toque. Por mí, no nos queda sino concederles lo que piden.

-Pero somos civilizados, tenemos instituciones; no podemos hacerlas a un lado.

-Sería justificar la barbarie, los actos fuera de la ley.

-¿Y qué peores actos fuera de la ley que los que ellos denuncian? Si a nosotros nos hubieran ofendido como los han ofendido a ellos; si a nosotros nos hubieran causado menos daños que los que les han hecho padecer, ya hubiéramos matado, ya hubiéramos olvidado una justicia que no interviene. Yo exijo que se someta a votación la propuesta.

-Yo pienso como usted, compañero.

-Pero estos tipos son muy ladinos, habría que averiguar la verdad. Además, no tenemos autoridad para conceder una petición como ésta.

Ahora interviene el presidente. Surge en él el hombre del campo. Su voz es inapelable.

-Será la asamblea la que decida. Yo asumo la responsabilidad.

Se dirige al auditorio. Su voz es una voz campesina, la misma voz que debe haber hablado allá en el monte, confundida con la tierra, con los suyos.

-Se pone a votación la proposición de los compañeros de San Juan de las Manzanas. Los que estén de acuerdo en que se les dé permiso para matar al presidente municipal, que levanten la mano...

Todos los brazos se tienden a lo alto. También los de los ingenieros. No hay una sola mano que no esté arriba, categóricamente aprobando. Cada dedo señala la muerte inmediata, directa.

-La asamblea da permiso a los de San Juan de las Manzanas para lo que solicitan.

Sacramento, que ha permanecido en pie,

con calma termina de hablar. No hay alegría ni dolor en lo que dice. Su expresión es sencilla, simple.

-Pos muchas gracias por el permiso, porque como nadie nos hacía caso, desde ayer el presidente municipal de San Juan de las Manzanas está difunto.

## Tlatelolco 68

JAIME SABINES

1

Nadie sabe el número exacto de los muertos,  
ni siquiera los asesinos,  
ni siquiera el criminal.  
(Ciertamente, ya llegó a la historia  
este hombre pequeño por todas partes,  
incapaz de todo menos del rencor.)

Tlatelolco será mencionado en los años que vienen  
como hoy hablamos de Río Blanco y Cananea,  
pero esto fue peor,  
aquí han matado al pueblo:  
no eran obreros parapetados en la huelga,  
eran mujeres y niños, estudiantes,  
jovencitos de quince años,  
una muchacha que iba al cine,  
una criatura en el vientre de su madre,

todos barridos, certeramente acribillados  
por la metralla del Orden y la Justicia Social.

A los tres días, el ejército era la víctima de los  
desalmados,  
y el pueblo se aprestaba jubiloso  
a celebrar las Olimpiadas, que darían gloria a  
México.

2  
El crimen está allí,  
cubierto de hojas de periódicos,  
con televisores, con radios, con banderas olímpicas.

El aire denso, inmóvil,  
el terror, la ignominia.  
Alrededor las voces, el tránsito, la vida.  
Y el crimen está allí.

3  
Habría que lavar no sólo el piso: la memoria.  
Habría que quitarles los ojos a los que vimos,  
asesinar también a los deudos,  
que nadie llore, que no haya más testigos.  
Pero la sangre echa raíces  
y crece como un árbol en el tiempo.

La sangre en el cemento, en las paredes,  
en una enredadera: nos salpica,  
nos moja de vergüenza, de vergüenza, de vergüenza.

Las bocas de los muertos nos escupen  
una perpetua sangre quieta.

4  
Confiaremos en la mala memoria de la gente,  
ordenaremos los restos,  
perdonaremos a los sobrevivientes,  
daremos libertad a los encarcelados,  
seremos generosos, magnánimos y prudentes.

Nos han metido las ideas exóticas como una lavativa  
pero instauramos la paz,  
consolidamos las instituciones;  
los comerciantes están con nosotros,  
los banqueros, los políticos auténticamente mexicanos,  
los colegios particulares,  
las personas respetables.  
Hemos destruido la conjura,  
aumentamos nuestro poder:  
ya no nos caeremos de la cama  
porque tendremos dulces sueños.

Tenemos Secretarios de Estado capaces  
de transformar la mierda en esencias aromáticas,  
diputados y senadores alquimistas,  
líderes inefables, chulísimos,  
un tropel de putos espirituales  
enarbolando nuestra bandera gallardamente.

Aquí no ha pasado nada.  
Comienza nuestro reino.

5

En las planchas de la Delegación están los cadáveres.  
Semidesnudos, fríos, agujereados,  
algunos con el rostro de un muerto.  
Afuera, la gente se amontona, se impacienta,  
espera no encontrar el suyo:  
«Vaya usted a buscar a otra parte. »

6

La juventud es el tema  
dentro de la Revolución.  
El Gobierno apadrina a los héroes.  
El peso mexicano está firme  
y el desarrollo del país es ascendente.  
Siguen las tiras cómicas y los bandidos en la televisión.  
Hemos demostrado al mundo que somos capaces,

respetuosos, hospitalarios, sensibles  
(¡Qué Olimpiada maravillosa!),  
y ahora vamos a seguir con el "Metro"  
porque el progreso no puede detenerse.

Las mujeres, de rosa,  
los hombres, de azul cielo  
desfilan los mexicanos en la unidad gloriosa  
que construye la patria de nuestros sueños.

## Preguntas de un obrero que lee

BERTOLT BRECHT

¿Quién construyó Tebas, la de las siete puertas?  
En los libros se mencionan los nombres de los reyes.  
¿Acaso los reyes acarrearón las piedras?  
Y Babilonia, tantas veces destruida,  
¿Quién la construyó otras tantas?  
¿En que casas de Lima, la resplandeciente de  
oro, vivían los albañiles?  
¿Adónde fueron sus constructores la noche  
que terminaron la Muralla China?  
Roma la magna está llena de arcos de triunfo.  
¿Quién los construyó?  
¿A quienes vencieron los Césares?  
Bizancio, tan loada,  
¿Acaso sólo tenía palacios para sus habitantes?  
Hasta en la legendaria Atlántica, la noche que  
fue devorada por el mar,  
los que se ahogaban clamaban llamando a sus  
esclavos.

El joven Alejandro conquistó la India.

¿Él sólo?

César venció a los galos;

¿no lo acompañaba siquiera un cocinero?

Felipe de España lloró cuando se hundió su flota,

¿Nadie más lloraría?

Federico Segundo venció en la Guerra de

Siete Años,

¿Quién más venció?

Cada página una victoria

¿Quién guisó el banquete del triunfo?

Cada década un gran personaje.

¿Quién pagaba los gastos?

A tantas historias, tantas preguntas.

## ÍNDICE

José Emilio Pacheco	
Alta Traición.....	5
Juan Gelman	
Otras partes.....	7
Howard Fast	
El espía policial.....	11
Arturo Trejo Villafuerte	
Vida moderna.....	35
Manuel Scorza	
Voy a las batallas, sed felices para que yo no muera .....	37
Bertolt Brecht	
El manto del hereje.....	41
Jaime Gil de Biedma	
Amistad a lo largo.....	59
Manuel Vázquez Montalbán	
Cuando ya nadie sepa...	
Olvidable la muerte de todos tú.....	61
Rubem Fonseca	
El juego del muerto.....	65
Jorge Enrique Adoum	
Fugacidad de su muerte.....	77
Bojidar Bojilov	
Geración.....	85

Edmundo Valadés	
La muerte tiene permiso.....	87
Jaime Sabines	
Tlatelolco.....	99
Bertolt Brecht	
Preguntas de un obrero que lee.....	105

